
EL RITUAL DE LA FIESTA TRISTE

Agustín Monsreal

“El Infierno son los demás.” Todos somos el infierno de todos. Somos el cuestionado y el cuestionante; somos el niño en la entraña y el niño muerto apenas rota la fuente; el niño que está-en-el-mundo sin saber para-qué-está-en-el-mundo; el hombre acariciador eterno del círculo enfermo de sí mismo; el tigre que está asomado a la ventana viendo el asombro sombrío de un tigre asomado a la ventana; el eterno ignorante de la piedra primera de su origen. Somos el que otorga y el que recibe la limosna; somos el autor y el actuante y el público de nuestra propia miseria; somos la voz que canta los sueños y que es echada al pozo de los sacrificios con una soga atada al cuello, por el mero imperdonable delito de haber descubierto el brote existencial de la ternura. Vamos a juzgarte por hacer el amor amparado por las sombras de la noche en un terreno baldío; vamos a condenarte por hacer lo que quieres, lo que se te da la gana; vamos a matarte *a ti* porque alguien debe cargar con la culpa de todos, con el odio y el miedo y los pecados y la falta de madre y los crímenes de todos. Vamos a juzgar, a condenar, a dar muerte; vamos a officiar la ceremonia de la pureza, a retomar por medio del crimen legalizado nuestro estado de pureza. Se te acusa de ser hijo ilegítimo-juez-guerrero-comerciante-santo-profeta-soñador-científico-sífilis moral-equilibrio-tiempo-curandero-prostituta. Ahora es el Juicio; ahora el Final; ahora la Hora. Y alguien pensará en voz alta en la palabra “amor”, y dará comienzo la ondulante y errabunda conmoción interminable.

Danza del Urogallo múltiple, de Luisa Josefina Hernández. Dir. Héctor Mendoza. Con Judith Arciniega, Delia Casanova, Angelina Cruz, Mercedes de la Cruz; Emilio Auberg, Oscar Liera, Juan de la Loza, Alfredo Segilla y Juan Tapia. Ellas: el grito matizado del cielo del Urogallo. Ellos:

el narcisismo salvaje del Uro.

Una penumbra rota apenas por las desnutridas llamas de gordos cirios, y nos asomamos al ejercicio físico previo al acto ritual. Un ejercicio que refleja la voluptuosidad de los gusanos, un juego pardo negruzco bello y silencioso: la calma promisoría, el oráculo anunciador de la tormenta. Los gusanos se visten de colorines para celebrar la fiesta triste; se embarazan de recuerdos bastardos; arrastran el lastre de los hijos de la memoria; se inventan el disfraz apropiado para iniciar el juicio en contra de ese-otro-yo reflejado en el espejo; vamos a dar principio a la danza, la pantomima, la terrible lucha libre de todos contra sí mismos.

El Urogallo forma su espléndida redonda cola. El Urogallo está en celo. El Urogallo va a comenzar a gritar, y lanza su primer grito metálico acompañado por el ritmo monótono del golpear del tiempo, y el salvaje ruido del cielo se desparrama, se trasmite, se multiplica interminablemente. Poco a poco se hace evidente que el mecanismo de la violencia se traga una y otra vez los matices del diálogo, de la danza, de la pantomima. La violencia escénica se convierte en violencia física cierta, exasperante, se confunde con un campo callejero de batallá. Las ideas (una tela de araña sin araña) naufragan en un lodazal de revolcones, golpes bajos, arañazos, bofetadas, gritoneos tan absurdos como inútiles. Y en medio de tanta promiscuidad, y tanto índice sucio, y tanta desmesura en el alarido, la escena del aire puro: la del equilibrio. Y entonces alguien inventa la palabra “amor”, y se nace a la conmoción de una sonrisa. Entonces el silencio y la oscuridad absoluta, entonces el final.

Luisa Josefina Hernández y Héctor Mendoza, nos muestran el lado triste y terrible y múltiple de la fiesta del cielo del Urogallo.